

Sentir...  
 cualquier domingo de un año de tantos como ya tengo  
 que la vida se escapa suavemente  
 y queda el doble de otro tanto  
 presumiblemente pendiente entre las manos  
 Levantarse, según este orden,  
 a por otro café y a cambiar de disco  
 dejando que el día se deslice a declinar.  
 Encender un cigarrillo -ritual casi fiel a mí misma-  
 para combatir el hueco turbio de la noche  
 que se instala en mi cuerpo tal vez enfermo.  
 Meditar en los abismos propios y ordenarlos  
 compadeciendo el confuso caos reinante,  
 entre restos de ansiedad adormecida.  
 Releer los mismos libros aprendidos  
 por sentir el contacto material de su presencia  
 y recrear en sus páginas la memoria.  
 Someterse al impulso extraño que, al fin,  
 nos empuja a detenernos, enredándonos  
 en el cotidiano repliegue de los días.

MARIA BENGOA



SOMBRA DE AGOSTO

A veces  
 no solamente es el amor  
 y tú ya sabes  
 lo oscuro que es un beso en la memoria;  
 quizás por eso  
 y por que nunca supe  
 negarte el aire de mi quintaesencia  
 cruzo estos versos delante  
 del silencio,  
 recuento el paso las esquinas  
 de tus labios;  
 pienso  
 en tu nuca acontecida y en ese leve  
 regazo blanquecino  
 que es tu cuerpo.

Limpio de polvo la luz  
 y de campanas,  
 abro las puertas,  
 sacudo las alcobas;  
 siento -sin duelo- las bases necesarias  
 para que avance el ayer hacia tu piel  
 y se haga sombra en la mía  
 tu señal  
 y se haga historia...

PABLO GONZALEZ DE LANGARICA

DE LA MUERTE  
 DE PABLO NERUDA.

10 AÑOS

Dime Pablo, cuántos narva-  
 les violentos hacen falta para aso-  
 lar estas costas negras que recu-  
 bren tu continente, desde dónde  
 podemos disparar salvas marinas,  
 mares enteros, ojos como fusiles,  
 trenes de aire y manifiestos. Di-  
 me, Pablo, desde la lejanía de los  
 mares, desde los naufragios últi-  
 mos, las últimas flores, los muer-  
 tos últimos en Santiago... Escu-  
 cha el mar, la resaca del salitre  
 que llega con voces múltiples, tu  
 mar azul potente, tu mar irreme-  
 diable, los ojos abiertos de Chile;  
 escucha como avanzan. Como si  
 la marea y los vientos no pudie-  
 sen detenerlos, aunque sepan  
 que sólo existe una barrera posi-  
 ble, el mar imborrable de las ca-  
 lles, las mareas de uniformes, las  
 plazas, la Moneda y todas las  
 cruces de canto.

Pablo, hasta aquí han llega-  
 do, húmedos y absortos, y de  
 aquí sólo se puede pasar con el  
 viento; con el viento austral, el  
 gemido incomprensible y delgado  
 de los mares, el océano adormila-  
 do de raíces y fábulas, de peces  
 de ojos blandos, de quillas indes-  
 tructibles ante el tiempo y ante  
 el olvido.

También están junto a ellos  
 los dioses de la alquimia y el cen-  
 teno, héroes de la selva ofrecien-  
 do actos salvajes y tenaces; los  
 dioses de la hierba y lad mareas  
 invisibles, están allí prodigiosos y  
 bellos como estatuas, con un  
 guiño de sangremetal entre los  
 párpados.

Están los versos imposibles,  
 los cantos digitales de olores a  
 pájaros, a césped y a insecto;  
 versos de aguas melancólicas y  
 temblorosas que fluyen inacaba-  
 dos e intactos. Son el mar irrevo-  
 cable, un sonido de velas esplén-  
 didas precipitándose entre re-  
 cuerdos de soldados y ecos tran-  
 sitables de catástrofe, ruidos  
 poseídos por el leve jadeo de las  
 olas que asaltan la quilla del  
 tiempo; besos de un verde espa-  
 cioso donde ocultar casi todos  
 los ríos interiores, besos azules  
 de un azul espeso cuando descan-  
 san amables, besos rojos y pro-  
 fundos de la sinceridad del silen-  
 cio, besos blancos que conspiran  
 y venden y cubren la ruta míni-  
 ma del encuentro.



Dejaste labios amargos sepultados entre las tormentas, también dejaste el rastro inconfundible del combate, cada objeto inútil que nombraste acarició la idea de poseer nuevas formas y distancias; he visto algas y cigüeñas, salamandras, zarzas gigantes, barro estancado, jirones y uvas, todo ello convertido en espacio distinto, en seres móviles, inquietos, con sonidos nuevos que recuerdan ese cansancio útil y clandestino por transformar la mínima esencia de los elementos.

También legaste un hilo verde-denso, un rastro de río terrible, de cordillera y sombra que llega desde el océano con la borrasca y el silencio diluido, un rastro opaco de sonidos a noche sideral, a estrellas fugaces que cruzan elocuentemente las páginas, los versos y los pueblos. Hay un recuerdo estremecido, un tiempo hirsuto de volcanes adivinando señales, escrutando el cielo de proclamas y muertos; muy cerca del precipicio, tiempo sin caballos poderosos, sin mares enérgicos y desiguales, sin metáforas imprevisibles donde esconder y reclamar briznas de libertad. Un tiempo de tirano y estrépito fue llegando entre hermosas banderas, un recuerdo de Allende tenaz y un tiempo de ciudades abiertas, de campos abiertos, de luz abierta dejando un pulso de júbilo. Hoy más que nunca reclama la luz todos sus matices posibles, deslumbrantes guiños de metal, sonidos de pájaro, fulgor de luciérnagas, para escuchar la voz de Rimbaud junto a tu rastro *"Al amanecer, armados de una ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades"* (\*)



Diez años de océano y galerna abren de nuevo las puertas hacia la luz terrenal de las ciudades, se abren las puertas de Santiago indefinidamente muertas, las puertas del mar violentadas y aterradas, las puertas de las minas subterráneas. Allí donde el agua está atada, donde se adivina un eco de llamarada y rebeldía, se desata la fuerza imprevista de Septiembre, la hebra verde de los ríos arteriales contra las sirenas y los páramos, contra las balas y los glaciales.

Escucha Pablo ese mar de hermosura espontánea; toda señal de arena, todo estigma de agua y bronce se convierte en raíz numerosa, en piedra lanzada, en fuego de trágica tormenta que acude a la noche chilena alimentando la escarcha lacerante, el sílex torrencial, las manos traicionadas de mujeres y hombres privados de la herencia de formar su propio destino, crear sus propias ciudades con la luz y con la paciencia de su historia.

Tal vez llegue un tiempo de crepúsculo y distancia donde golpear de nuevo la tierra junto a los minerales invencibles, para crear ciudades y levantar estructuras de cobre sobre la tierra dura. La tierra extensa donde se asientan las cárceles, fragmentos de mujeres desordenados, raíz mordida en sus salientes.

Quizá quede la rabia, la esperanza de viento donde el narval reconozca sin vértigo su objetivo, donde la fuerza de los ríos y el ímpetu del océano devuelva cada gota de sangre despeñada, cada ligadura, cada golpe recibido a su origen. Una hora ocasional que devuelva la esencia ignota de los elementos, los ramajes del pueblo, el verde esplendor de las selvas, la cadencia estricta de las ciudades.

Ni un soplo más de agua clandestina, solamente tierra, arcilla y herramienta en la extensión inconcreta en que te hospedas.

Dime Pablo, cuantas ráfagas de historia, cuanto párpado humillado, cuanta densa niebla hace falta para descender hacia el temblor de la espesura, hacia las ciudades de la luz, las ciudades de la sal y la resina.

(\*) Cita de Rimbaud, que Pablo Neruda recoge en el discurso de entrega del Premio Nobel de literatura en 1.971.

GONTZAL DIEZ